



La experiencia de enseñar traducción en la Universidad: aspectos del rol docente

por Liliana B. Mariotto

La enseñanza de la traducción en la Universidad ha cambiado de raíz en los últimos 20 años. La tecnología, específicamente Internet, ha transformado los parámetros del acceso a la información y, por consiguiente, el estudiante debe estar preparado para discriminar la información por su calidad. La traductora Mariotto señala en este artículo que el profesor no es solamente profesor en sentido estricto sino que también cumple determinadas funciones invisibles, pero imprescindibles en la relación humana. "Enseñar representa un compromiso moral altísimo, y es necesario construir pensamiento crítico en los alumnos", concluye.

Enseñar traducción en la Universidad no es lo mismo hoy que hace 20 años. A lo largo de mi experiencia como docente en diversos niveles (más de 30 años), he visto muchos cambios.

Por un lado, el docente ya no es la única fuente de información. Para el alumno es extraordinario poder nutrirse de varias fuentes, como permite Internet; la variedad obliga a comparar, evaluar, jerarquizar la información y tomar decisiones que condicionan el resultado de la tarea. Por consiguiente, el alumno tiene más responsabilidad –y trabajo– que cuando no había una gran variedad de información para seleccionar. Internet no hace nada por sí misma; es el usuario el que la usa, y de él depende la calidad de su trabajo. La gran cantidad de información ofrece una posibilidad ideal para trabajar en grupos; se establece una dinámica muy ágil y rica, y se gana calidad.

Por el otro, el desafío es mayor. En traducción y, específicamente, en la traducción jurídica, el reto es enorme.

Como en todas las disciplinas, Internet ofrece páginas y sitios en cantidades apabullantes, pero... no todo sirve, no todo es de buena calidad. Por lo tanto, el alumno tiene que aprender a seleccionar la información conforme a varios parámetros, por ejemplo, la corrección, la utilidad para el fin perseguido, y la confianza en el sitio. Este último parámetro se determina por el sitio en sí mismo y por comparación con otra información tan confiable, correcta y útil como la que el alumno tenga entre manos (que puede haber sido adquirida en Internet, en clase, o de otras fuentes). A continuación, tiene que procesarla según su necesidad y adecuarla a su consigna. La consigna puede ser, por ejemplo, investigar un tema en un marco determinado, realizar una traducción o un ejercicio específico de gramática, o de

gramática y traducción, un glosario fundamentado, una investigación terminológica específica, etcétera.

Hoy, el docente debe enseñar este aspecto de la investigación. No puede escapar al manejo –por lo menos, fluido– de la Red, porque los alumnos esperan y necesitan que sus profesores les enseñen la búsqueda en Internet aplicada a la traducción. Se podrá objetar que los jóvenes de hoy manejan la informática con más solvencia que quienes no nacimos con la computadora en la mano, pero no necesariamente es así. Por buen conocimiento de la Red que hayan adquirido por una razón u otra, deben aprender a usarla con un fin específico, que no es el fin perseguido en general (los adolescentes juegan, chatean, adquieren datos sin fines concretos, investigan en el marco de las materias del colegio secundario, publican y miran fotos, etcétera).



Liliana Bernardita Mariotto

Es Traductora Pública inglés español, egresada de la UBA.

Es profesora titular en la asignatura "*Traducción e Interpretación I*" y profesora adjunta en "*Traducción e Interpretación II*" de la carrera de Traductor Público en la Facultad de Derecho de la UBA.

Ha publicado los siguientes libros: *Traducciones de Contratos - Tomo I*. Ed. La autora, 1º ed. 264 p. 2006. y *Traducciones de Contratos - Tomo II*. Ed. La autora, 1º ed. 354 p. 2008.

Sin duda, actualmente las clases son muy ricas y dinámicas, mucho más que las anteriores a la llegada de Internet, una época en la que casi todo lo que el profesor decía gozaba de verosimilitud: poco había para confirmar, debatir o rebatir.

Para el docente, dejar de ser la única fuente de información conlleva la ruptura de una ilusión y el descenso de una posición privilegiada en la que se sentía el dueño del conocimiento y, por ende, del poder.

Lo cierto es que el profesor debió adecuarse a este nuevo saber que traen los alumnos, y fundar su posición (su lugar en la relación enseñanza-aprendizaje) en otros cimientos. Dada la asimetría de la relación docente-alumno, no fue un camino fácil. Explicar, justificar, ejemplificar, contrarrestar, teorizar, debatir, avalar y disentir son actos inéditos en la figura del profesor tradicional.

Hoy, en términos generales, el nivel de lengua –tanto madre como extranjera (me refiero exclusivamente al inglés)– de los alumnos universitarios es inferior al que tenían hace 25 años, cuando empecé mi camino en la docencia de nivel superior. Esto dificulta el manejo de las lenguas de trabajo y obliga a enseñar estructuras idiomáticas que no corresponden a esta etapa de estudios. En español, se observan dificultades en subordinación, régimen preposicional, coordinación de tiempos verbales y estilo, entre otras. En la lengua extranjera, los alumnos poseen un vocabulario amplio en temas generales, pero escasa ilación de ideas, por consiguiente, pocas posibilidades de construir y producir texto. Por último, no tienen, en general, cultura de estudio sistematizado, investigación, elaboración y toma de decisiones.

Para enseñar, es necesario aprender a hacerlo. Parece una verdad de Perogrullo, pero no lo es. El vínculo docente-alumno debe estar atravesado por determinadas normas elementales, tanto humanas como pedagógicas. Entre las primeras, el respeto entre uno y

otro, que el docente debe mostrar y exigir en diversas situaciones, constituye una base para construir aprendizaje. La arbitrariedad que da el poder destruye la relación y malogra el camino de la educación.

En el terreno pedagógico, el docente no puede improvisar; debe conocer técnicas de enseñanza, evaluación, manejo de grupos, y tener la versatilidad necesaria para adaptarlas a la necesidad cambiante de cada población estudiantil; para ello, previamente habrá hecho un diagnóstico de grupo y establecido las expectativas razonables.

Es esencial tener en cuenta los saberes previos de los alumnos, y valorarlos. Con la valoración del docente, esos saberes se fortalecen, se profundizan, se alimentan. La mirada crítica pero constructiva del docente es de vital importancia para el alumno dedicado. La mayoría de los estudiantes no llega a la Universidad totalmente carente de conocimientos. Hay que darles el espacio necesario para que saquen a la luz lo que traen. Constituye un desafío gigantesco encontrar en cada alumno el traductor que lleva adentro, y contribuir a que el alumno lo haga consciente. Aumentar su autoestima a partir de elementos reales, como sus aptitudes y límites, hace de él un mejor alumno y, sin duda, lo hará un mejor profesional.

Considero que el docente también debe enfrentar la dolorosa situación de mostrar la realidad a quien no tiene condiciones naturales para traducir, y a quien –aparentemente– tomó la decisión equivocada al elegir la carrera. Para ser traductor, es necesario tener dotes de escritor, una buena pluma, un nivel cultural entre medio y alto y la firme decisión de seguir creciendo, ser curioso, estar dispuesto a aprender permanentemente y a conocer lo nuevo, ser muy constante para aprender y desaprender, reformular lo aprendido y volver sobre los propios pasos para intentarlo otra vez.

Algunos alumnos empiezan la carrera de traductor público sin conocer

las asignaturas comprendidas en el programa. Las diversas universidades que ofrecen la carrera ponen el énfasis en determinados contenidos, que no necesariamente son los mismos en todas las casas de estudio. En la Facultad de Derecho, por ejemplo, el futuro traductor público debe aprobar varias asignaturas de derecho. El aspirante al título tiene que saberlo y haberse preguntado si esa disciplina, el derecho, se cuenta entre sus preferencias. Otros aspirantes buscan viajar y conocer gente interesante, y no se imaginan que el traductor pasa largas horas solo, frente a la computadora.

No quiero decir con esto que las decisiones sean inamovibles, o que la vida no los lleve por caminos impensados, sino que, al elegir una carrera universitaria, es conveniente pensarse en términos profesionales en un marco real; por ejemplo, si uno elige medicina, tiene que saber que va a estar en contacto con cuerpos y cadáveres; si es arquitectura, tiene que ser sensible a las formas y a la imagen; si es ciencias económicas, es claro que no hará análisis literario; y así sucesivamente, pero, insisto, tiene que saberlo antes de tomar la decisión. Un futuro traductor no puede negarse a investigar las infinitas derivaciones de un término o un concepto, por dar un ejemplo básico. Los traductores disfrutamos de las infinitas connotaciones, los diversos sentidos, los contextos y los textos, las letras y el tono, la gramática, la sintaxis, la semántica y el discurso, la ortografía y sus caprichos, los diccionarios, muchos o pocos, necesarios o prescindibles, etc. Todo eso es nuestro alimento diario, origen de devaneos y debates. Cómo puede un posible traductor no interesarse en la comunicación si es la base de nuestro quehacer.

El profesor no es solamente profesor en sentido estricto, máquina de conocimientos, surtidor de palabras. Cumple determinadas funciones invisibles, pero imprescindibles en la relación humana. De estas funciones quizá dependa por entero la posibilidad de transmitir conocimiento -factor esencial. La tarea docente es mutua, y el encuentro en el aula trasciende los conte-

nidos académicos formales; es enseñar y aprender, y aprender a enseñar. Escuchar y hablar, hablar y escuchar; hablar, escuchar y observar, y ser observado por muchos pares de ojos. Escuchar al grupo que uno tiene enfrente y realizar un primer diagnóstico; evaluar qué pasos conviene dar para lograr los objetivos propuestos; evaluar la evolución de las decisiones tomadas, y modificar las pautas según la necesidad. Saber qué se pretende lograr del grupo -de ese grupo en particular- y de cada alumno, y empezar a caminar hacia el objetivo casi de la mano... Porque el objetivo se alcanza caminando juntos, pero manteniendo vigente cada uno su lugar y el espacio que los separa. Una vez establecido el nivel mínimo que el grupo ha de tener, la exigencia se graduará conforme a lo que el grupo permita. Exigir demasiado anula el rendimiento de la mayoría y provoca frustración; exigir menos de lo que corresponde o de lo que los alumnos pueden rendir desaprovecha su capacidad de aprendizaje y su posibilidad de crecimiento. El docente hace un diagnóstico del grupo y toma decisiones en consecuencia. No todos los alumnos aprenden al mismo ritmo ni en igual medida; no todos tienen la misma aptitud ni actitud; no todos ponen el mismo empeño. Es tarea docente dar a cada uno su lugar y brindarle un espacio para poder expresar su talento, su magia (o para recapacitar y darse cuenta de que, quizá, no haya tomado el camino más apropiado). Esto depende de cada grupo: cuanto más numeroso, menos posibilidades habrá de individualizar la enseñanza.

Una función del docente es acompañar al estudiante en sus fracasos.

Enseñar traducción en la Universidad representa un compromiso moral altísimo, una gran responsabilidad y un desafío constante.

Cuando el alumno reprueba un examen, el profesor debe mostrarle sus errores, las causas del resultado de su producto, para que tome conciencia plena y detecte los puntos débiles que debe atacar o reforzar, y evite caer en los mismos desaciertos. También debe enseñarle a aceptar la corrección sin sentirse humillado. Corregir con respeto es enseñar responsablemente, anticiparse a un nuevo tropiezo.

El lugar del docente es de poder, y -reitero- su relación con el alumno es asimétrica. La diferencia de jerarquías y, por ende, de roles, es imprescindible para que las relaciones humana y pedagógica sean posibles. El uso y el manejo de ese poder dependen de cada educador: cuanto menos se abusa, mejor relación se logra.

Hay que estar atento para escuchar, observar y adaptar los criterios de enseñanza al grupo actual porque de nada sirve aplicarle los del año anterior. De nada sirve quedarse anquilosado en criterios atemporales inamovibles que no se adecuan a ningún grupo en particular. Hay que tener presente qué es lo que puede lograr el alumno/grupo que uno tiene frente a sí y trabajar con sus posibilidades, que son las únicas reales. Para ello, es menester cultivar una gran flexibilidad que permita revisar y modificar criterios según la necesidad, para adaptar la tarea docente al mundo cambiante en el que vivimos.

Enseñar traducción en la Universidad, hoy, requiere dirigirse a los alumnos como futuros profesionales desde el primer día de clase, y mostrarles modelos de interacción en el mundo comercial y competitivo que transitarán

**El traductor es
el dueño de su traducción.
Debe ser valorado en la misma
medida que el autor
de obras originales
porque la traducción es su obra,
su creación, el resultado
de su actividad intelectual.**

cuando se gradúen, pero sin olvidar que aún son alumnos y que es necesario transitar el camino del aprendizaje.

El docente no puede soslayar el tema porque, si lo hiciera, condenaría a los estudiantes a descubrir los rudimentos del ejercicio profesional cuando ya fuera demasiado tarde, o a perecer en el intento de ingresar al mundo laboral con estatura profesional. Los convertiría en profesionales objeto de explotación, profesionales que no conocen el valor de lo que ofrecen, profesionales preparados para ser sometidos en lugar de libres. Hoy, amerita presentarles diversos perfiles de clientes con sus exigencias, que pueden ser atendibles o desmedidas, y enseñarles a construir relaciones comerciales respetuosas y beneficiosas. En otro orden, es necesario mostrarles y exigirles un uso mínimo de las herramientas de traducción básicas que deben conocer y manejar. Hoy, hay que hablar de aranceles, de los mercados local e internacional, de la globalización de nuestra profesión y la internacionalización de nuestro idioma.

Por último, pero no por ello despreciable, hay que hablar de dignidad, profesionalismo y deontología traductora, y de nuestra función como eslabón imprescindible en la cadena de la comunicación.

La enseñanza es compromiso. Si bien la relación docente-alumno tiene el aporte de ambas partes, es irreal pensar que cada una aporta el cincuenta por ciento. El docente tiene el compromiso de lograr el aprendizaje de sus alumnos, ante sus alumnos. Paralelamente, estos no tienen ningún compromiso

ante el docente; en todo caso, lo tienen ante sí mismos. El docente asume el deber moral de aportar conocimiento y experiencia, y de lograr resultados positivos.

Enseñar traducción en la Universidad representa un compromiso moral altísimo, una gran responsabilidad y un desafío constante. Alumnos regulares y oyentes; alumnos que cursan por primera vez y alumnos que recursan; un conjunto heterogéneo en términos de posibilidades, aptitud, responsabilidad, urgencia, prestigio, perseverancia, conocimiento, entorno socioeconómico, realidad laboral, cultura, expectativas profesionales, inserción laboral prematura o desinterés por la inserción laboral, capacidad de trabajo y compromiso, solidaridad, tolerancia; estos son los ingredientes de la población estudiantil con la que trabajamos los docentes de la Universidad de Buenos Aires en la Facultad de Derecho.

Es necesario construir pensamiento crítico en los alumnos. El pensamiento crítico es un elemento imprescindible del buen traductor. Sin él, el alumno futuro profesional no tiene independencia de criterio ni puede tomar decisiones. Cuando el alumno toma decisiones y es capaz de justificarlas se siente dueño de la traducción.

La traducción es su producto. El traductor es el dueño de su traducción. Debe ser valorado en la misma medida que el autor de obras originales porque la traducción es su obra, su creación, el resultado de su actividad intelectual. Si bien la traducción es, en un sentido, secundaria porque no existe por sí misma sino a partir del texto original, esta circunstancia no minimiza su valor como obra intelectual original de su creador, el traductor. El concepto de propiedad de la traducción tiene que estar afianzado en todo traductor, tiene que ser parte de su esencia profesional; para eso, hay que inculcarlo desde el principio de la carrera.

Enseñar traducción en la Universidad representa un honor. Significa participar en la formación de los futuros profesionales –mis futuros colegas–, me permite aportar mis conocimientos, aciertos y fracasos para que puedan sacar provecho de ellos, materializarlos y allanar el camino en situaciones arduas que suelen ser obstáculos graves en la futura iniciación profesional de los alumnos de hoy.

Publicación anterior (en dos partes):
Intercambios - Volume 11, Issue 3 / Fall, 2007, &
Intercambios - Volume 11, Issue 4 / Winter, 2007-2008